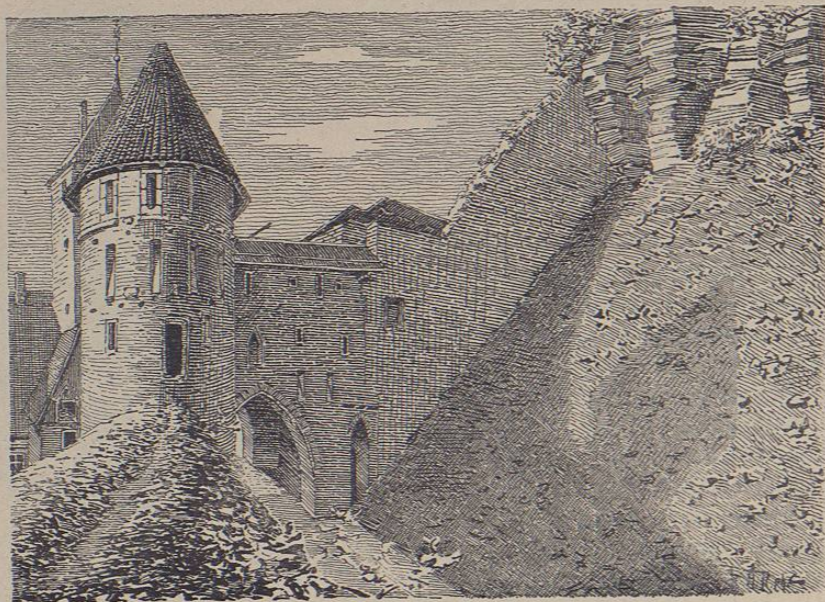


merow había contado también con el apoyo del rey Ricardo II de Inglaterra.

La orden estaba perfectamente convencida del peligro que para ella significaba esta combinación, en la cual debían tomar parte como aliados voluntarios los rusos y los lituanos: tampoco se hacía ilusiones respecto de la importancia del poder marítimo de los hermanos vitalianos. Ya en octubre de 1392 escribía el maestre livonio al procurador de la orden: «Unos 1,500 piratas han establecido su centro de acción cerca de nosotros y se proponen invadir el obispado de Reval, de suerte que nos vemos obligados á tener á nuestra gente en continua vigilancia y completamente preparada... Aquellos han hecho público, á lo que parece, que á su lado encontrarían seguro asilo todos los criminales, desertores y desterrados. Estos piratas se denominan hermanos vitalianos,

no dan cuartel á nadie y nos roban á nosotros y á todo el mundo: mas aun, estos bandidos han sorprendido recientemente, con un buque que violentamente arrebataron á nuestros súbditos, al obispo Strengnas, que viajaba con caudales y mucho acompañamiento, y le han hecho prisionero con todos sus hombres, teniéndole todavía encerrado en dura cárcel con el cuello y los piés cargados de cadenas.» Tales eran las personas con las cuales se aliaba el obispo de Dorpat en 1395. En junio del mismo año encontramos al duque Alberto de Mecklenburgo en Riga, donde permaneció unos días muy ocultamente y acompañado de solos dos hombres para desde allí marchar á Dorpat á reunirse con el obispo. También se presentó entonces, ó muy poco después, en Dorpat el pretendiente á la sede arzobispal, Oton de Stettin, que apenas contaba catorce años. En tales circunstancias el gran maes-



La puerta Cister, de Reval.

De un dibujo de Carlos Baron Ungern-Sternberg, tomado del natural en 1825

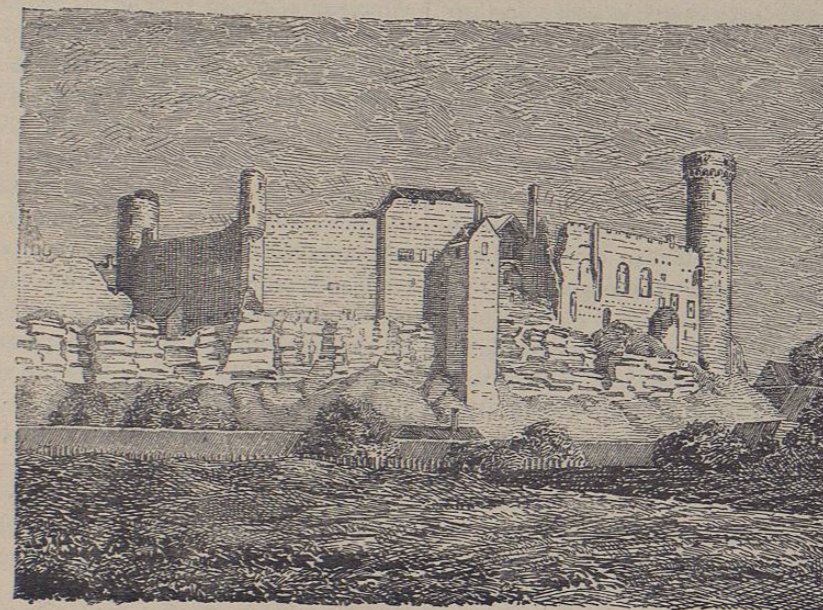
tre desplegó una infatigable actividad diplomática para destruir las alianzas del obispo, el cual no cejaba, á pesar de todo, en sus propósitos. Los hermanos vitalianos se habían ya situado en Abo y en Wiborg: quinientos de ellos estaban á sueldo de Teodorico, y todos los ofrecimientos del gran maestre, que se presentó como negociador, fueron rotundamente rechazados. Cuando después la orden, en 26 de febrero de 1396, declaró la guerra á Damerow, la contestación fué un doble tratado entre Witowt de Lituania y Oton, duque de Stettin — que se denominaba vástago que ha resistido dos cortas y señor escogido de la diócesis de Riga — por un lado y por otro con el obispo Teodorico, á cuyo lado encontramos al duque Alberto de Mecklenburgo, á quien llamaba su hijo espiritual, calificativo que claramente indicaba su intención de nombrarle su sucesor en la diócesis de Dorpat. Con Oton firmaron los vasallos de la diócesis de Riga Bartolomé de Tiesenhausen, Juan y Waldemaro de Rosen, Hermann Uexkull y vasallos de las familias de los Salza, Pael, Koscul, Orges, Ungern, Aderkas y Azegalle. Con Teodorico estaban además de la ciudad de Dorpat los diocesanos dorpatenses, al frente de los cuales encontramos también á un Uexkull y á un Tiesenhausen. El plan consistía en que Teodorico unido con los rusos atacara desde el Este la archidiócesis de Riga, mientras los lituanos prometían lanzarse sobre ella desde el Sur por la Curlandia. Nadie ignoraba que un gran peligro

amenazaba á la orden y por esto el gran maestre, aunque con mucho pesar suyo, entró en tratos con los lituanos, consiguiendo firmar, en 28 de julio, un armisticio que fué renovado en enero del siguiente año. Como Reval y los caballeros harriano-wirios permanecían fieles á la orden, ésta pudo entonces atacar con ímpetu á Dorpat. Una devastadora invasión en los territorios de ésta, en la que tomaron parte el maestre y el arzobispo personalmente, la confiscación de los bienes de los vasallos rebeldes y el desaliento, causas todas que motivaron la separación de Witowt de la alianza de Dorpat, aseguraron á la orden la supremacía. Teodorico no pudo resistir en batalla campal á las tropas de la orden y echó mano de recursos cada vez mas desesperados. El antiguo arzobispo Juan de Sinten fué invitado á ir á Dorpat; firmóse una alianza con Pleskau, y los hermanos vitalianos asolaron todos los territorios de la orden que pudieron. Cuando por la energía de la orden ni Alberto ni Oton encontraron partidarios fuera de Dorpat, y los hermanos vitalianos, atendiendo á intereses que les eran mas caros, se retiraron de Dorpat, Teodorico se encontró en una situación cada vez mas apurada, y resolvió entrar en negociaciones con la orden. Esta, que tenía sobrados motivos para temer á los poderosos protectores del obispo y á quien interesaba mas que todo recobrar su libertad de acción contra Lituania, se prestó á ajustar un convenio en Danzig en el mes de junio

de 1397. Teodorico se presentó en persona é inmediatamente se consiguió que los vasallos de la archidiócesis que con él se habían ido reconociendo á Wallenrode. Poco después, en 14 de julio, se firmó la paz definitiva con asistencia del gran maestre, del maestre livonio, del arzobispo, del comendador de Danzig, del mariscal provincial livonio y del comendador de Felling, por un lado, y del obispo de Braunsberg, como mediador, por otro. El obispo reconoció solemnemente la posición de Wallenrode y los privilegios que Bonifacio IX había concedido á la orden, á cambio de lo cual ésta prometió impunidad completa por todo lo acaecido y se obligó al propio tiempo á no exigir la prestación de servicios militares á los súbditos de las fundaciones eclesiásticas. Un año después, ó sea en 15 de julio de 1398, se hizo un nuevo arreglo en Langenbrücke, en el cual se aclaraba y afirmaba la paz

de Danzig. A pesar de todo, Teodorico no permaneció tranquilo, en vista de lo cual el arzobispo, á quien por de pronto ningún cuidado daban los enemigos extranjeros, puso al anciano obispo bajo tutela. El cabildo, los caballeros y la ciudad de Dorpat, que tenían bastante con un señor, pidieron en seguida que el obispo se retirara, á lo cual hubo de acceder, no sin indignación, en 2 de junio del año 1400; su sucesor, Enrique Wrangel, le señaló una pensión anual de trescientos cincuenta marcos, que debía serle pagada en Riga, donde probablemente terminó su existencia aquel hombre turbulento. No se tiene ninguna noticia positiva de cuándo ni dónde murió.

Esta guerra de Dorpat tuvo también gran importancia desde otro punto de vista. Ya hemos dicho que la orden renunció, en la paz de Danzig, al derecho de llamar á la guerra



Parte antigua de las murallas del castillo de Reval.

De un dibujo de Carlos Baron Ungern-Sternberg, tomado del natural en 1818

á los caballeros diocesanos. Poco tiempo después, en 13 de julio de 1397, el gran maestre Conrado de Yungingen concedió por gracia especial á todos sus amados y leales caballeros y servidores de los territorios de Harrien y de Wirlandia el famoso privilegio que disponía «que podían y debían transmitir por herencia á sus hijos, varones y hembras, todos sus bienes así muebles como inmuebles.» La transmisión de los feudos por herencia á la línea femenina inició una revolución en el sistema militar en Livonia, que corrió parejas con un desenvolvimiento análogo en Alemania. Con gran acierto se ha resumido el resultado de esta innovación en las siguientes palabras: «Cuando con la decadencia de las milicias quedó la fuerza de resistencia de la nación concentrada en los caballeros, bastaron las disposiciones relativas al derecho de herencia que, conservando la posesión feudal en las líneas masculinas, hicieron mas accesibles que antes á las mujeres la adquisición por herencia de los bienes alodiales. Pero cuando al fin se permitió á la sucesión femenina entrar en posesión de los feudos, quedó terminado el período en que era imprescindible para la defensa del país el servicio militar que debían prestar los señores feudales, y comenzó una nueva época en que libraron las batallas ejércitos mercenarios (1).»

(1) Véase Schilling: *Derecho de Woldemar-Ericsen*, pág. 450.

CAPÍTULO IX

CONSECUENCIAS QUE TUVO PARA LIVONIA LA DECADENCIA DE PRUSIA

Por la historia de Polonia conocemos las complicaciones políticas que decidieron á la orden teutónica de Prusia á entablar la lucha decisiva contra Lituania y Polonia (2). Los diez años que precedieron á la batalla de Tannenberg fueron muy difíciles para Livonia bajo muchos conceptos. Los sucesos que iban á sobrevenir comenzaban á proyectar su sombra. Por influencia de Lituania, ocurrían incesantemente sublevaciones de los samaitas, que no sin grandes esfuerzos podían ser sofocadas, mientras que por otro lado los nowgorodes y los de Pleskau, tan pronto en paz como en guerra, tenían en tensión continua la atención de la orden, de las diócesis y de las ciudades. Todos estos sucesos solo pueden ser detallados en una historia provincial. De importancia mas general son el hecho de aparecer entonces por vez primera al servicio de la orden soldados mercenarios y el de que en medio de las oscilaciones que sufrieron las relaciones entre la orden y los lituanos, el arzobispo de Riga adoptara una actitud en extremo ambigua. Véase claramente que un arzo-

(2) Véase la primera parte.

bispo de Riga incondicionalmente adicto á la órden era cosa tan imposible como un Papa gibelino. Ya en noviembre de 1400 los emisarios del arzobispo entablaron en Tracken negociaciones con Witowt para reconquistar el fuerte de Riga que pertenecía á la órden teutónica; y aun cuando entonces se logró parar el golpe, tuvo la órden que acostumbrarse á la idea de que su hermano, el arzobispo, era un peligroso enemigo para ella. Wallenrode anudó á espaldas del maestre las negociaciones con la curia: su propósito era abandonar el país, y en enero de 1403 el procurador envió un aviso apremiante á Wenden para que allí se cuidara de que el arzobispo permaneciera en Livonia. A pesar de todo éste logró, en el otoño del mismo año, huir á Alemania, desde donde formuló con gran energía sus pretensiones. El asunto fué objeto de muchas negociaciones y si bien se dijo que se celebraría en Danzig una entrevista en la que se zanjarían todas las cuestiones pendientes, lo cierto es que la órden de Livonia prolongó intencionadamente los debates, pues no le interesaba mucho el regreso del arzobispo, antes bien comprendía que había de serle perjudicial si no llegaba á una inteligencia con el prelado. De volver el arzobispo á su diócesis era de temer que los obispos y demás adversarios de la política de la órden tuvieran en él un director y un caudillo. Era aquel un estado de semi-paz que podía sostenerse artificialmente, dado que ambas partes temían el rompimiento definitivo. Así estaban las cosas cuando en agosto de 1409 comenzó la gran guerra con Polonia.

En mayo de 1410 se hizo la declaración de guerra de Livonia á Lituania. Conrado de Vitinghove, al notificarse la paz á Witowt, había prometido al gran maestre serle fiel hasta la muerte, aun cuando con ello hubiera de causar la ruina de toda la Livonia. A mediados de junio, las fuerzas livonias penetraron en Prusia y si bien tarde para tomar parte en la batalla principal, llegaron á tiempo para evitar, con una actitud enérgica y con hábiles negociaciones, la completa ruina de la órden teutónica en Prusia. Fué una suerte para Livonia que antes de que llegara la noticia de la derrota de Tannenberg, es decir, en 27 de julio de 1410 — doce días despues de la batalla — se firmara una paz definitiva con los embajadores rusos de Pskoff y de Isborsk. Pero de todas maneras la derrota significaba un grave peligro para la misma Livonia. Residia en Nowgorod como capitán un primo de Witowt y á nadie se le ocultaba que á pesar de todos los besos dados en la cruz, la paz con Pleskau carecía de base sólida, y de ello era buena prueba el hecho de que el rey de Dinamarca pensaba en formular reclamaciones sobre Harrien y Wirlandia. Por esta razón, túvose buen cuidado de reforzar los castillos del Duna y de llamar mercenarios para cualquiera contingencia que pudiera presentarse. La paz de Thorn, firmada en 1.º de febrero de 1411 (1), trajo consigo nuevos temores. Livonia debía contribuir á los exorbitantes gastos de la guerra, y la órden, no teniendo derecho para imponer contribuciones á las ciudades y á las órdenes de caballería, se vió obligada á empeñar sus propios territorios tomando sobre la próxima cosecha las cantidades que le hacían falta para atender á lo mas necesario. En tan críticas circunstancias falleció el maestre Conrado, y su sucesor, Dietrich Tork, opinó, al parecer, como el gran maestre por intentar una nueva guerra que destruyera las intolerables condiciones de la paz de Thorn. Habíanse ya tomado las convenientes disposiciones para invadir el territorio enemigo, cuando la caída de Enrique de Plauen y la elección de Miguel Kuchmeister para el cargo de gran maestre de la órden teutónica cambió por completo la situación y prevaleció una política que á

(1) Véase la primera parte.

fuerza de constantes compromisos, de mediaciones de terceros y de armisticios que se prorrogaban de año en año á costa de grandes sacrificios, procuró conservar una mala paz en medio de un constante temor de guerra. Las consecuencias de esta política de balancín alcanzaron también á Livonia; pero en este país las cosas presentaban un aspecto mas favorable, pues sobre él no pesaba tan directamente la opresión de Polonia y Lituania. Los resultados de la derrota afectaron únicamente á los territorios de la órden, no á las diócesis ni á las ciudades.

A Dietrich Tork habíale sucedido Sifrido Lander de Spanheim (1415-1424) y á éste Cysse de Rutenberg, que gobernó hasta 1435. Las figuras de estos maestres resultan tan pálidas por la falta de toda noticia consignada en las crónicas, que se hace sumamente difícil formarse de ellas una idea palpable.

Estos dos personajes, en todas las cuestiones de política extranjera aparecen siempre en segunda fila, pues la órden teutónica en Prusia, que en aquel período de debilidades y de disensiones era la pelota de otras potencias, procuraba, dominada por la envidia, que sus súbditos de Livonia no siguieran una política independiente. Cuando se reunió el concilio de Constanza con el carácter, en cierto modo, de parlamento de toda la cristiandad católica, sometieron á la decisión de esta santa asamblea no solo la cuestión de las relaciones entre la órden y sus vecinos lituano-polacos, sino también la antigua contienda entre el arzobispo de Riga y el maestre livonio. Hasta ahora apenas se ha observado que estos asuntos livonios fueran de importancia decisiva para el curso del concilio, y sin embargo lo que allí ocurrió fué lo siguiente (2).

Los santos padres reunidos en Constanza, despues de largas discusiones, acordaron, contra lo que el Papa deseaba, que las votaciones del concilio se hicieran por naciones y no por cabezas. Cuatro eran las naciones allí representadas, á saber: Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, incluyéndose en esta última la Escandinavia, Hungría y Polonia, principales enemigas de la órden; y aun cuando en los asuntos eclesiásticos todas estaban unidas, cuando de cuestiones políticas se trataba, surgían entre ellas los mayores antagonismos. La órden trabajaba para conseguir que sus contiendas con Polonia fuesen resueltas por el concilio, y los delegados polacos, auxiliados por el rey Segismundo, procuraban á toda costa evitarlo, llegando hasta fijar cartas acusatorias contra la órden en las puertas de los templos. El arzobispo Juan Wallenrode que, cuando no se trataba de sus propios intereses, se ponía al lado de la órden, se apresuró ante todo á enviar dinero á Constanza, pues todos, grandes y chicos, querían sacar ventajas de la órden y comprendía que ésta, sin presentes y sin protección, no conseguiría que le hicieran justicia.

Al propio tiempo entró Wallenrode en relaciones con los canónigos de Riga que habían sido expulsados con su antecesor Juan de Sinten y que trabajaban para que el concilio les reintegrara en sus antiguas dignidades y reconociera sus pretensiones de indemnización. El asunto llegó á tomar tan mal aspecto que Sifrido Lander de Spanheim consideró necesario por su parte enviar embajadores á Constanza, y en efecto, en 1.º de enero de 1416 envió al preboste de Wenden con el vasallo estonio Oton de Brakele y con 600 florines, que «Dios sabe los trabajos que le había costado reunirlos.» El arzobispo cedió inmediatamente, lo cual era tanto mas de extrañar cuanto que Wallenrode hasta entonces había sido decidido adversario de los antiguos canónigos. A una feliz casualidad debió la órden que no prosperaran las quejas for-

(2) Véanse las *Exposiciones históricas y Estudios archivales*, del autor. Mitau: Behre, editor. 1886.

muladas por éstos ante el concilio, que ya había acordado su discusión; los polacos se les anticiparon en la exposición de sus agravios contra la órden y la explanaron tan minuciosamente que los prelados aburridos fueron abandonando uno tras otro el salón de sesiones, de modo que cuando les tocó el turno á los canónigos no había ya quien los escuchara.

Entretanto, Juan XXIII había sido destituido despues de una tentativa de fuga fracasada, é inmediatamente había continuado el proceso contra Juan de Huss. Wallenrode fué el primero designado para inducir á Juan de Huss á que abjurara de sus doctrinas, pero no pudo obtener de éste mas que un billete que en 1.º de julio le envió el herejarca en el cual le ofrecía abjurar si lograba convencerle con la palabra divina de la falsedad de sus doctrinas. Pocos días despues, pereció Juan Huss en la hoguera.

Durante los dos años y medio que estuvo luego reunido el concilio sin Papa, se aumentó naturalmente la influencia de los prelados que ocupaban elevados puestos y también ganó en importancia la voz del arzobispo de Riga. El gran maestre, á quien interesaba en extremo obtener una sentencia favorable en las cuestiones lituano-polacas, estaba por esta razón muy inclinado á entrar en tratos con el arzobispo, y al mismo objeto tendía el procurador de la órden en las cartas que enviaba á Livonia. Acordóse en su consecuencia celebrar una entrevista en Danzig, que fué aplazada porque entretanto parecía inminente la explosión de la guerra con Polonia á pesar de todos los esfuerzos del maestre livonio y de todas las discusiones de Constanza. Esto era tanto mas funesto para Livonia, cuanto que en este país las continuas contiendas habían originado un estado de suprema tensión. En efecto, en tiempo aun del gran maestre Enrique de Plauen un vasallo del obispo de Dorpat llamado Juan de Dolen había sido de noche robado y asesinado en Prusia, en los territorios de la órden teutónica, sospechándose que se cometió el delito por instigación del mismo gran maestre. Este hecho causó gran indignación en toda la diócesis de Dorpat, especialmente entre los caballeros diocesanos. También se sintieron por ello muy mortificados los caballeros harriano-wirios, pues iguales intereses y lazos de parentesco unían á las poderosas familias de vasallos. La viuda y el hijo de Dolen formularon desmedidas reclamaciones de indemnización, viéndose apoyados en su demanda por el obispo, por la ciudad de Dorpat y por los caballeros, y no repugnando de solicitar el auxilio y la intercesión de monarcas extranjeros. El maestre livonio procuró permanecer apartado de este asunto, á pretexto de que el asesinato se había cometido fuera de Livonia, y el gran maestre rechazó toda responsabilidad fundándose en que aquel triste suceso había ocurrido durante el período de gobierno de Enrique de Plauen, el cual había sido destituido y encarcelado. A pesar de todo, el asunto tomó un malísimo carácter y aumentó el antagonismo entre los caballeros y la órden, que aun sin esto no era pequeño. Mientras este negocio se hallaba en suspenso, el obispo de Dorpat, Teodorico Resler, tuvo á bien implorar el apoyo del gran duque Witold, enemigo de la órden, contra cualquier ataque que pudieran dirigirle los rusos de Pleskau, y al propio tiempo circuló el rumor de que el rey Erico de Dinamarca acariciaba el plan de lanzarse contra Harrien y Wirlandia. En Reval se temía que el convento de Santa Brígida, fundado desde Wadstena en 1407 á orillas de una corriente navegable é inmediata á la ciudad, sirviera de punto de partida para una empresa de los daneses contra ella. Desconfiándose de los huéspedes que en tropel acudían al monasterio, tanto mas cuanto que las amistosas relaciones entre Dinamarca y Polonia-Lituania eran un hecho de antiguo conocido. Precisamente en aquellos tiempos peligrosos procuró el gran maestre atraer á los caba-

lleros harriano-wirios á Prusia para la guerra lituano-polaca que en su sentir estaba próxima á estallar. El maestre de Livonia se opuso á ello con todas sus fuerzas y consiguió por último que el gran maestre le diera plenos poderes para entablar nuevas negociaciones con Witold. Con esto y con su habilidad logró que se acordara celebrar en Memel una dieta en la cual Jagellon, Witold, Miguel Kuchmeister y Sifrido debían resolver personalmente sus discordias. Pero en el momento decisivo el gran maestre se retiró, diciendo que había estallado en Prusia una peste y que no podía por lo tanto dejar abandonado el país: el verdadero motivo era, sin embargo, que entonces le parecía posible conseguir del concilio una resolución favorable y no quería comprometer sus ventajas. No es, pues, de admirar que en estas eternas vacilaciones Polonia y Lituania estuvieran á punto de perder la paciencia. Witold dijo á Sifrido en tono despreciativo: «Cómo hemos de robustecer nuestros tratados de paz de modo que sean cumplidos, si de todas las anteriores renunciadas ninguna ha sido duradera!» Así las cosas, no le quedó á la órden de Livonia mas recurso que buscar la mediación del obispo de Dorpat, con la cual consiguió en mayo de 1417 no una paz, sino una prolongación del armisticio por otro año. El maestre consideró tan inseguro este período de calma y previó tan cierta la tempestad que se acercaba, que para tener las espaldas guardadas contra Polonia y Lituania firmó con Pleskau una paz por diez años, acto tanto mas hábil cuanto que Witold á pesar de las obligaciones contraídas con Dorpat había puesto todo su empeño en lograr que los de Pleskau invadieran el territorio de la órden.

Mientras el maestre se esforzaba por estos medios en obtener una mala paz, Wallenrode explotaba en su provecho los apuros de la órden resucitando las antiguas pretensiones sobre la ciudad de Riga, que casi podían considerarse como un anacronismo. El arzobispo había depuesto en Constanza el traje y la cruz de la órden, y las protestas de ésta que con perfecto derecho podía apelar á la decisión del papa Bonifacio IV, quedaron sin efecto en el concilio. Wallenrode declaró con aplauso general que la órden injustamente había convertido en criada la Iglesia de Riga, que antiguamente había sido la señora. En medio de estas contiendas, el procurador de la órden aconsejó que se procurara llegar á un arreglo, y el maestre había ya enviado embajadores especiales á Constanza para lograr llevar á término las discusiones suspendidas, cuando en 4 de febrero de 1418 corrió el rumor de que el arzobispo pensaba en permutar su archidiócesis de Riga por otra ó en abdicar. Con esto entró la cuestión en una nueva etapa que fué indudablemente de gran importancia para la historia universal.

El concilio debía resolver la importante cuestión de si la reforma de la Iglesia había de llevarse á cabo antes ó despues de la elección de Papa. Defendían lo primero los alemanes; pero los cardenales, de cuyo seno debía salir el futuro pontífice, consiguieron convencer á las demás naciones de que ante todo debía darse un nuevo jefe á la Iglesia. «La piadosa, paciente y humilde nación alemana» acabó por aceptar que solo se trazaran los rasgos fundamentales de una reforma, debiendo reservarse para el Papa que se eligiera las reformas especiales y la realización de la general de la Iglesia. Pero ni siquiera estas justas y modestas pretensiones pudieron verse realizadas por culpa principalmente de Juan Wallenrode, cuyas disensiones con la órden y con la ciudad de Riga eran de antiguo conocidas, tanto como los apuros pecuniarios en que siempre se encontraba por haber quedado en manos de la órden la mayor parte de las rentas de la archidiócesis. Los cardenales le propusieron trasladarle á la diócesis de Lutlich á condición de que dejara de ope-